

OCTAVIO NICOLAS DERISI

LA FORMACION

DE LA

PERSONALIDAD

Temperamento / Carácter

Personalidad

Educación

FEDERICO RAGO
A.M.D.G.

A D S U M

B U E N O S A I R E S

1 9 4 1

*Mamuel Honario Colain
Buenos Aires, febrero 1945.*

ADVERTENCIA PRELIMINAR

El año 1939 la Junta Central de la Acción Católica me encomendó una conferencia sobre El concepto de educación desde el punto de vista sobrenatural católico para la Segunda Semana Nacional de Estudios Sociales, celebrada en Buenos Aires desde el 22 hasta el 29 de octubre de dicho año. Partiendo del último fin natural y sobrenatural del hombre y de su naturaleza y sobrenaturaleza, en dicha disertación¹ esboqué las líneas fundamentales de la educación y del desarrollo de la personalidad, siempre a la luz de los principios de la razón y de la fe admirablemente expuestos

¹ Publicada entonces en un folleto por la Junta Central de la Acción Católica Argentina, el año siguiente fué publicada nuevamente, junto con las demás conferencias, en un volumen, por la misma institución.

por su Santidad Pío XI en su Encíclica *Divini Illius Magistri*, sobre la que precisamente versaron las lecciones de aquellas jornadas de la Segunda Semana de Estudios Sociales.

Posteriormente, en el presente año, publiqué sincrónicamente, en la revista *Iatría del Consorcio de Médicos Católicos* y en la *Revista Eclesiástica del Arzobispado de La Plata*², un estudio acerca del temperamento, carácter y personalidad. En este trabajo he desarrollado lo que en aquella conferencia no pude tratar para ajustarme estrictamente al tema que se me había fijado dentro del plan general de las conferencias y ceñirme al tiempo asignado. He determinado en él con más detención y penetración el sujeto, el ámbito y los límites de la educación, y trazado el esquema de lo que constituye el fin de toda auténtica obra pedagógica: el desarrollo o cultura de la personalidad.

He pensado que ambos trabajos, reunidos en un orden inverso al del tiempo en que fueron redactados, podían ofrecer una visión panorámica del campo y un esbozo programático de la labor de la pedagogía, dirigida toda ella al más noble de los fines: la conquista de la personalidad, fin que en

² En las entregas de junio, julio y agosto de ambas revistas.

el orden sobrenatural cristiano es encumbrado más alto todavía: hasta el desarrollo de la vida de Dios, de la filiación divina, en nosotros y en nuestra vida.

Tal es el origen de este libro. Sus dos partes, complementándose, alcanzan así una fuerte unidad, pese a ciertas repeticiones, inevitables en un trabajo compuesto en dos momentos y ocasiones independientes.

Acaso Dios nos depare para lo futuro oportunidad y tiempo propicios para volver con más amplitud y profundidad sobre un tema de tanta trascendencia, particularmente en los días tan difíciles para la persona y para el cristiano, en que nos toca vivir. Entretanto entregamos al público estas páginas con el deseo y la esperanza de aportar con ellas, en este momento de confusión, un poco de luz sobre la dirección que ha de darse a la libertad y a la conducta humana a fin de alcanzar con ellas la plenitud de nuestra vida y de nuestra persona. Y por poca que esta luz sea, tratándose del problema central de nuestra vida, nunca será el a despreciable.

OCTAVIO N. DERISI.

La Plata, fiesta de S. Bernardo, 20 de agosto de 1941.

*A mi amigo el Pbro.
Dr. Fernando Garay*

PRIMERA PARTE

Temperamento, Carácter y Personalidad

INTRODUCCIÓN

1. — La pedagogía contemporánea, con buen acuerdo, se asigna como fin de su obra la formación de la personalidad. La inspiración axiológica de los principios filosóficos que la nutren, no del todo aceptable, puede ser confortada y hasta integrada en el realismo tomista, erigido todo él sobre la base firme del ser, y en todo caso encierra un progreso sobre las corrientes anteriores, impregnadas de un determinismo, que reducía la educación a un arte de "domesticación". Debemos decir que la ciencia de la educación ha reencontrado su sendero propio, al señalar su objeto en la *formación de la personalidad*; y podemos añadir que ésa había sido siempre fundamentalmente la doctrina pedagógica en que desembocan los principios metafísico-anropológico-éticos de Santo Tomás, y más

todavía: que todo cuanto de valioso encierra esta pedagogía, iniciada bajo el impulso de R. Eucken, Max Scheler y otros, sólo puede ser conservado con la condición de ser cimentado sobre fundamentos metafísicos más sólidos, sólo encontrables en una filosofía realista, como la del Angélico Doctor.

2. — La doctrina del “desarrollo de la personalidad” —cualquiera sea la posición filosófica de que parta— siempre presupone un hombre que viene a este mundo con una serie de determinaciones *dadas* con la posibilidad de *adquirir* otras, un hombre que sobre una naturaleza recibida, mediante el buen y constante uso de su libertad —encauzada precisamente por la educación— puede estructurar su personalidad. Semejante doctrina pedagógica presupone, por consiguiente, dos principios fundamentales: un conjunto de caracteres dados, que nos predisponen a un determinado modo de ser, y a la vez un margen de libertad suficiente para encauzarlo hacia la posesión de la personalidad, mediante la modificación de algunos caracteres, la adquisición de otros y la orientación y sometimiento de todos a un fin superior, que los aúna en la personalidad.

En las páginas que siguen estableceremos brevemente qué es lo que al nacer y llegar al uso de la razón y posesión de nuestra libertad se nos da (*temperamento*), qué es lo que podemos adquirir (*carácter*) y cómo sobre ellos y por ellos, mediante la educación, podemos forjar *nuestra personalidad*, la que nos corresponde, la que *podemos y debemos* alcanzar. Estos tres puntos señalan los tres capítulos en que desarrollaremos esta primera parte de nuestro trabajo.

CAPITULO I

EL TEMPERAMENTO

Todos venimos a este mundo con una constitución anatómico-funcional individual, que determina necesariamente un conjunto de cualidades orgánicas y fisiológicas, base a su vez de nuestra tonalidad afectiva y manera de ser de nuestra vida consciente, de nuestro *tipo psicológico*. Las raíces de nuestro natural modo de ser están en nuestro cuerpo. Enseña S. Tomás que nuestra alma, principio de unidad especí-

fica, espiritual como es, encuentra sin embargo en el cuerpo, en la materia, su principio de individuación¹. Por la materia que nos toca en suerte somos quienes somos dentro de la especie humana. Ahora bien, esta materia viene cargada con un conjunto de caracteres genéticos y somáticos, que constituyen la base orgánica de nuestro peculiar modo de ser, nuestro *temperamento*. El temperamento apunta, pues, a todo aquello que constituye nuestra organización corporal, en cuanto ella fundamenta nuestra manera de ser primera con el correspondiente *estilo* de nuestra vida psíquica. El temperamento señala las bases materiales, que determinan el modo peculiar y particularísimo de cada uno, tal como ha sido recibido, sin modificación alguna, adquirida luego por el ejercicio de los actos. Es el fruto de la herencia biológica con todas sus riquezas y deficiencias. En este sentido, el temperamento, rico o pobre, bueno o malo, es algo que no depende de nosotros el tener, es algo dado o recibido. Lo recibimos como una *carga* o como un *don*, o mejor, como una *carga y don*, pues que siempre tiene algo de los dos. Por ello

¹ *S. Theol.* I, q. 11, a. 3; III, q. 77, a. 2; *In Boet. De Trinitate*, q. 4 a. 2 ad. 4; y muchos otros pasajes. Véase también: CAYETANO: *De ente et essentia*, c. 2.

el temperamento, como tal, es insustituible y poco menos que inmodificable, como la misma materia individual a que está inseparablemente ligado y que lo causa. De la misma manera que el rostro, también el temperamento es casi inmodificable, bien que educable según veremos.

Es un hecho empírico la diversa manera de ser, pensar, querer y reaccionar frente a los mismos objetos y estímulos, el diverso *estilo de vida* de dos sujetos, que, educados de la misma manera, poseen sin embargo diversa constitución orgánica, diverso temperamento. Una poesía o una melodía enternecerá hasta las lágrimas al uno, mientras dejará frío e insensible al otro. Un problema de matemáticas o una cuestión filosófica apasionará hasta sacarlo de sí al uno y sólo causará hastío al otro. Otro tanto ocurrirá con las reacciones con que diferentemente responderán a las mismas muestras de aprecio o desdén. Se podrá objetar contra esto, que no se puede ni debe desconocer el factor de la libertad y de la educación. Concedemos de buen grado la parte que cabe a ambas en esta diferencia. Pero ellas solas no bastan para explicar ese modo individualmente diverso y constante de reaccionar frente a los mismos objetos y estímulos, aun cuando ambos sujetos res-

pondan del mismo modo específico. Es el caso de sujetos del mismo gusto, tendencias, vocación, etc., pero dotados de distinto modo de ser individual. Tal es la base temperamental que influye en gran parte en la diversidad de las personalidades educadas de un mismo modo. Dos discípulos, igualmente inteligentes, de un mismo maestro y sometidos a los mismos métodos educacionales, llegarán a ser dos personalidades, pero con sus caracteres individuales inconfundibles, que modifican y reciben según *su* modo peculiar irreductible el tipo común de formación recibida¹. Pero hay más. La suposición diametralmente opuesta no hace sino confirmarnos en la intervención tan grande y en sí casi inmodificable, que ejerce en cada uno su temperamento. Sujetos de semejante índole anatómico-fisiológica, con una educación diversa y hasta con ideales de vida opuestos, por debajo de orientaciones distintas y hasta quizás opuestas, impresas por la distinta formación recibida, denotan un semejante modo fundamental y natural de ser. No nos costaría

¹ La tesis contraria de la escuela "behaviorista" o "ambientalista" de Watson es, por eso, falsa; está contra la experiencia. Dos alumnos, sometidos en todo a una misma educación, nunca salen enteramente iguales, aun supuesta la misma voluntad de recibirla (el buen empleo de la libertad).

mucho descubrir cómo idénticos trazos temperamentales se perfilan por detrás de dos personalidades organizadas de distinto modo, a causa de la diversidad de ideales absorbidos, y aún a través de personalidades, realizada en uno por la educación y el esfuerzo, y frustrada en otro por motivos contrarios. Y es así cómo un propagandista de ideas subversivas y un heroico misionero pueden mostrar ciertos modos de ser naturales, que denuncian, por debajo de ideales y personalidades diametralmente opuestas, —consumada perfectamente la segunda y desviada la primera,— organizaciones temperamentales semejantes.

Ya desde antiguo se observó cómo una determinada constitución orgánica traía consigo un preciso modo de ser y obrar psicológicos. Nadie habrá dejado de observar con qué frecuencia se encuentra la *bonhomía* y buen sentido en los gordos, y la irritabilidad colérica o el apocamiento enclenque en los flacos. Las modernas investigaciones han dado carácter de precisión científica a estas observaciones vulgares del sentido común, que establecen un estrecho vínculo entre el exterior (organización corporal, modo de andar, de expresarse, de gesticular, de escribir, etc.) y el interior, entre lo físico y lo psíquico,

entre la compleción anatómico-fisiológica, con todas sus consecuencias inmediatas, y la psicológica de un individuo. El que muchas veces dichas investigaciones hayan sido llevadas a cabo con un espíritu unilateral, materialista y determinista, con la pretensión preconcebida de que todo lo psíquico, hasta en los más mínimos detalles, está preestablecido y causado por los elementos corporales, como si toda la vida psíquica estuviese predeterminada enteramente por los cromosomas y como si ella no fuese nada más que un epifenómeno de la organización material, sin dejar margen alguno a la libertad y a la superestructura espiritual, todo este espíritu de prejuicio no quita valor ni interés a las investigaciones dichas. Tamizadas de sus excesos pre-científicos, a través de un espíritu crítico, suministran datos preciosos e indispensables para la pedagogía. Es así como han nacido las diversas teorías de los *tipos psicológicos* de Kroetschmer, Jung, etc., basadas en la constitución orgánica. Según ellas —confirmando la experiencia vulgar, por lo demás— el conjunto de elementos que constituyen el modo natural de ser, el *tipo psicológico* más o menos esquemático, en que se encuadra un individuo, obedece a causas orgánicas muy definidas y discernibles por

datos anatómico-fisiológicos, si no siempre bien discernibles, en general suficientemente precisos. Las investigaciones de la *endocrinología*, cada día más reveladoras, tienden, por lo demás, a señalar una causa fisiológica más profunda de la tipología, al asignar el por qué de determinados rasgos fisonómicos anatómico-fisiológicos, a su vez tan estrechamente vinculados y determinantes del tipo psicológico natural de cada uno.

El temperamento no es, pues, sino el tipo psicológico naturalmente dado por el conjunto de elementos constitucionales anatómico-fisiológicos, así somáticos como genéticos, y psíquicos inferiores, recibidos con nuestro ser material.

El temperamento está formado, por consiguiente, por todos aquellos elementos, que, como la herencia, el ambiente cosmotelúrico, etc., han determinado nuestra constitución orgánica, que desde el inconsciente y subconsciente dan el tinte —predominantemente afectivo— a nuestra manera de ser consciente primera, primigenia, anterior a todo hábito adquirido, y reforzada o mitigada luego por éstos, pero siempre subyacente a ellos, cuyas inclinaciones vitales, instintivas y afectivas —íntimamente de-

pendientes de nuestra organización corporal— se proyectan, presionándolo, sobre nuestro psiquismo superior.

CAPITULO II

EL CARÁCTER

Subiendo un paso más hacia la vida consciente, nos encontramos con el *carácter*. Sobre las inclinaciones del temperamento se yerguen los hábitos o modos adquiridos permanentes de pensar, de reaccionar, de sentir y de querer, que constituyen el carácter. Este supone y se estructura sobre el temperamento. Como lo indica su origen etimológico, el carácter es una especie de *sello* o marca, impresa en nuestra vida consciente. El determinado cauce por el que se desliza la vida consciente de un individuo, sus gustos, sus preferencias y costumbres, es lo que llamamos y constituye el carácter. Lo primitivo y temperamental es lo que se distingue y a veces hasta se opone al carácter. Aquel es dado, éste es adquirido. El hombre sin carácter —cosa poco menos que imposible— sería el que

careciese de hábitos buenos o malos, y en quien todo —excepto la orientación temperamental— estaría librado al azar del momento. Sería como un campo no cultivado ni sembrado, ni bien ni mal. Carácter no se toma aquí, pues, como equivalente a orientación hacia un noble ideal, al que se consagran todas las energías de una vida —eso es el carácter bien organizado, la *personalidad*, como veremos— sino en su sentido genérico, como equivalente a la superestructura psíquica —buena o mala— de inclinaciones o modos convenientes de ser adquiridos, implantados en el temperamento. El carácter no es, por eso, el necesario resultado del embrión temperamental. Puede diferenciarse de él y hasta oponérsele muchas veces, gracias a la intervención de la libertad encauzada por la educación. En el carácter no sólo influye el temperamento, sino que tiene gran cabida el ejemplo, la educación, el medio ambiente, ciertos acontecimientos decisivos de una vida (una conversión, el estado de vida elegido, etcétera), que van modelando poco a poco nuestra manera de ser permanente, que se manifiesta en cada acto y que cuantos nos rodean conocen muchas veces mejor que nosotros mismos. Cosa fácil es pensar mil ejemplos al respecto.

Los *deterministas* todo lo dejan librado a las imposiciones del temperamento. Para ellos el carácter es un resultado *necesario*, preestablecido hasta en sus más determinados rasgos en las profundidades de la constitución orgánica. La organización material del individuo, determinando el temperamento, a su vez predetermina en él nuestro carácter. La educación es en verdad imposible. El santo y el delincuente son frutos naturales de un temperamento dado, y sobre el cual no tenemos más mérito que el haberlo recibido.

Los llamados *ambientalistas* (*behavioristas*), por el contrario, sostienen la variabilidad ilimitada del temperamento, que alcanza su determinación bajo la acción del medio ambiente físico-espiritual y de la educación. Dos sujetos puestos en las mismas condiciones de vida y sometidos a los mismos procedimientos educacionales, poseerían los mismos caracteres. Si los deterministas todo lo dejan a merced del temperamento, los ambientalistas todo lo dejan librado a la educación y al ambiente.

Ni una ni otra posición está en la verdad, teniéndola ambas en parte. *Ni determinismo temperamental absoluto ni indeterminismo temperamental total*. El hombre trae a este mundo, junto con su naturaleza

específica, toda una serie de caracteres individuales e inclinaciones que lo empujan hacia determinados rasgos y modo de ser psíquicos. Sin embargo, entre este temperamento dado y su definido carácter, obtenido por sus tendencias adquiridas, hay una franja de variabilidad, más o menos extensa, más o menos fácil de modelar, pero desigualmente variable en sí y en razón de la mayor o menor fuerza de la libertad, según los sujetos, que cada uno debe determinar en un preciso sentido, encauzando hacia un buen carácter todas las energías de aquel temperamento dado —dentro de los recursos virtuales de éste— para darle fisonomía definida y constante, y constituirlo así en personalidad. Tal función es precisamente la de la educación: tender con todos sus recursos a ayudar a la voluntad en el buen uso de su libertad para el logro de esa conquista.

La existencia de la libertad y su influjo en la modificación del carácter aprovechando las fuerzas del temperamento, reprimiendo unas y fomentando otras, es un hecho innegable de la conciencia, en cuya demostración, por lo demás, no es preciso detenerse, sobre todo desde que las principales y más significativas tendencias filosóficas modernas —aunque no siempre con

un concepto exacto de ella— la defienden.

Conviene no olvidar, sin embargo, que la variabilidad del temperamento no es ilimitada y que la educación no puede transgredir sus límites infranqueables, imponiendo un ideal que rebasa los recursos virtuales de aquél. No de cualquier temperamento se puede sacar cualquier tipo de personalidad, como no de cualquier material se puede alcanzar cualquier tipo de arte bello. Precisamente estas inclinaciones fundamentales son las que principalmente constituyen las bases de la vocación, que se fortifica o debilita según los hábitos y tendencias, adquiridos después con el carácter. El temperamento es quien de antemano prefija la vocación, es decir, los límites a que puede llegarse mediante la educación. La vocación no estará prefijada siempre en la base temperamental con toda precisión para éste o aquél oficio o profesión concreta, pero sí, por lo menos, en un sentido más amplio, para ésta o aquélla clase de trabajos o profesiones, que luego la educación, acabando la obra del temperamento, encauzará de un modo más preciso.

No se trata de poner en tela de juicio la libertad de la voluntad sobre sí misma y sobre sus pasiones y tendencias en cada caso

particular, sino de tener en cuenta la situación y ámbito real de nuestra libertad y las condiciones existenciales concretas del educando, en que ha de intervenir la pedagogía. Pero como ya lo habían advertido los escolásticos y lo confirman las modernas investigaciones psicológicas, la voluntad no se determina a su acto concreto sino mediante sus propios hábitos y pasiones, que ella gobierna sólo "políticamente" por la imaginación y no directamente y a su antojo. Bajo la acción actual de la pasión consentida, la voluntad no es libre para no querer el objeto de aquélla. La libertad de la voluntad sobre una pasión se salva por la intervención de otra contraria, que aquélla abraza por la acción de la imaginación¹. Pero se ve entonces que, sin estar suprimida, la libertad puede estar un tanto dificultada y su dominio debilitado por inclinaciones vehementes, a las veces hasta anormales, del temperamento, que arrastran la voluntad hacia determinados objetos.

La educación debe conocer esas inclinaciones temperamentales del educando y, coartando sus excesos por el ejercicio de la voluntad, aprovecharlas como fuerzas sobre las que estructurará el buen carácter,

¹ Cfr. S. Thomam: *Comp. Theol.*, c. 174; *De Malo*, q. 16, a. 15.

con la consiguiente personalidad. La educación no es el arte de *suprimir* las pasiones, sino de *aprovecharlas dirigiéndolas* al fin para que nos fueron dadas por Dios, poniéndolas bajo el dominio *habitual*, permanente, de la voluntad para el logro de un noble objeto. Ella crea los buenos hábitos que la^s encauzan de un modo constante hacia el bien, y sólo reprime sus excesos, fortaleciendo también con los hábitos los resortes de la represión. Querer imponer una orientación de vida, un *carácter*, enteramente contrario a esas inclinaciones naturales del temperamento —que, derivadas, en última instancia, de la constitución orgánica, en lo fundamental son inmodificables y sólo encauzables— es imponer a la libertad, y a la educación que la presupone, una misión superior a sus fuerzas, ya que se trata de una tarea que no depende sólo de la voluntad espiritual el ejercerla, sino también de la obediencia a ésta, prestada por la parte material; y si bien es verdad que en cada caso se podría obrar libremente contra esas inclinaciones suscitando otras contrarias, orientar toda una vida en sentido opuesto a esas cualidades fundamentales del temperamento —no contra sus excesos, sino simplemente contra ellas— sería empresa moralmente imposible,

destinada de antemano al fracaso, ya que exigiría el cambio mismo del temperamento. Semejante dificultad aumenta si se pretende imponer además al educando un carácter que exigiese fuerzas físicas o psicológicas superiores a sus energías virtuales de la constitución corporal y psíquica. A la educación toca precisamente discernir el temperamento y sus recursos potenciales, base de la vocación, para forjar con su ayuda y apoyándose en él el mejor carácter posible que se pueda sacar de aquél, obteniendo el máximum de rendimiento de sus fuerzas. Discernir la vocación y dirigir las energías de la voluntad, y por éstas, todas las del temperamento —podando cualidades excesivas, reanimando y fortaleciendo las débiles, rectificando las desviadas e injertando, si es preciso, las que faltan— de un modo habitual y permanente hacia su realización, he ahí la misión de la educación.

CAPITULO III

LA PERSONALIDAD

1. — Ahora bien, semejante obra de rectificación del temperamento hacia un noble

ideal, que conduzca todas las energías de nuestra vida hacia él, creando en nosotros un conjunto de hábitos de pensar, querer, etcétera, un *carácter*, que nos conduzca como naturalmente a su realización, es lo que constituye el desarrollo o cultura de la personalidad.

La personalidad, en el sentido psicológico que aquí la tomamos, no es sino la unidad de carácter impuesta al temperamento, que reúne todas las energías del alma y de la vida y las hace tributarias de un valor superior, o en términos más metafísicos, de un bien o fin noble. El carácter que de antemano define la actividad precisa de una persona ante determinadas circunstancias, por el hecho de que ella no obra por *intereses accidentales* sino por un *valor o fin superior*, a cuya realización convergen de un modo permanente todas las energías de una vida, es lo que constituye la *personalidad*.

La personalidad implica la conciencia perfecta o refleja de sí y la libertad. Sólo quien posea la conciencia refleja de sus actos y de su núcleo personal, de su yo y de su libertad, y por ambas se posea a sí mismo y a sus actos, es capaz de elegir de antemano su destino, su *carácter*, dirigiendo

después en la práctica de un modo constante sus energías hacia él.

Mas la libertad tiene sus raíces en la universalidad del entendimiento que la dirige, y ésta a su vez en la inmaterialidad del alma. Así como el temperamento está unido y depende de la materia, tiene sus raíces en la tierra, así la personalidad está unida y depende de la forma espiritual, del alma, tiene sus raíces en el cielo. "La individualidad (y el temperamento que la causa en razón de lo material de que proviene), ha dicho entre nosotros Maritain, y la personalidad son dos líneas metafísicas que se cruzan en la unidad de cada hombre. Parte una de los confines del no-ser y sube del átomo a la planta, al animal, al hombre y más arriba aún al Angel; parte la otra del super-ser y baja de Dios al Angel y al hombre"¹. La personalidad, la conquista de la unidad de nuestras energías sólo es posible en un ser substancial espiritual. La personalidad, en otros términos, supone y se apoya en la *persona*. La persona —substancia espiritual completa y cerrada en sí misma, y como tal libre

¹ MARITAIN: *Para una filosofía de la persona humana*, pág. 161. Cursos de Cultura Católica. Buenos Aires, 1937.

— es el punto de partida indispensable de la conquista de la personalidad.

Esta no es sino el término de un movimiento que se inicia desde una persona naturalmente dada, *tal como es*, hacia una persona ideal, *tal como debe ser.*

Y esto es precisamente lo que constituye la obra de la cultura, propiamente tal, que cuando es de la sociedad entera constituye la civilización¹. La cultura, en nuestro caso, no es sino la dimensión que va desde la persona tal como es dada, con su temperamento y facultades individualmente determinadas, hasta su pleno desarrollo, hasta la posesión de la personalidad bajo la acción de la actividad superior, espiritual y libre, orientada hacia la realización de bienes y fines superiores. La personalidad no es, pues, sino la conquista de un hermoso carácter, al que estamos capacitados y hasta inclinados por nuestro temperamento, y que unifica todas las energías de nuestra vida, mediante el buen uso de la libertad.

El logro de esa conquista, ayudar a la voluntad libre a conseguir esa cultura de todo nuestro ser, aprovechando todas sus riquezas virtuales y subsanando todas sus

¹ MARITAIN: *Religion et culture*. 8º millar. Desc'ée de Brouwer, París, 1938. Traducción castellana de G. ZANI, S. Catalina, Buenos Aires, 1940.

debilidades y defectos, es el fin, noble como ninguno, de la educación.

2. — Y el desarrollo armónico del hombre, robusteciendo sus fuerzas, podando sus excesos y encauzando sus energías todas no sólo a un noble fin inmediato (vg.: la ciencia), sino al fin último del hombre, a la perfección de la vida humana bajo todos sus aspectos y de un modo jerárquico, es lo que constituye la cultura perfecta humana, el "humanismo integral", que en un estado existencial de vida sobrenatural constituye el *humanismo cristiano*, el desarrollo total del hombre redimido por Cristo y partícipe de su vida divina. Tal es el fin supremo de toda auténtica educación y pedagogía.

En realidad, la educación sólo prepara: traza el camino hacia este fin propuesto y procura enamorar, inclinar y habituar la voluntad a lanzarse decididamente en pos de él; pero la realización de esta ascensión es obra que decide, en último término, exclusivamente la propia voluntad libre en lo más recóndito y auténticamente nuestro, en el seno de la persona. La educación forma el clima que favorezca la decisión natural constante de la voluntad hacia un fin preestablecido, activa desde fuera incul-

cando ideales, atrayendo y provocando, por la vía de la inteligencia, la voluntad hacia él, y enseña a dominar los obstáculos que a él se oponen, etc., favoreciendo la creación de hábitos, cuya actuación conducirá al hombre al ápice de su personalidad. Mas ésta es siempre, en última instancia, el fruto de una voluntad enérgica, que sabe decidirse por el bien, que a fuerza de vencimientos ha estructurado sobre su propia actividad el hábito que facilita el uso de su libertad hacia un noble ideal, de un modo permanente y constante. Este dominio y señorío sobre la propia libertad, esta "libertad de los hijos de Dios" sobre todas las pasiones, que fijan en un solo fin grande y elevado todas las fuerzas de una vida, es lo que constituye la personalidad.

La personalidad, por eso, es el término y el fruto de una doble conquista realizada por la cultura de la inteligencia y de la voluntad y, en ésta, de todas las tendencias y pasiones que se le subordinan.

La persona, inicialmente dada con su temperamento y pasiones que la inclinan hacia los bienes inferiores, posee también una inclinación natural en sus facultades espirituales, en su inteligencia y voluntad, hacia la verdad y el bien. El desarrollo de la personalidad no consiste sino en desen-

volver y robustecer estas inclinaciones superiores de la inteligencia y de la voluntad, fijándolas permanentemente en su objeto: la verdad y el bien, sometiendo —no suprimiendo, cosa imposible y nefasta, según dijimos antes— para ello a su dominio las pasiones e inclinaciones inferiores, que podrían comprometer aquella actividad superior; para encauzar así todas las actividades a su bien específico de la perfección humana. Pero como lo *directamente cultivable* es la voluntad libre, ya que la inteligencia no es libre frente a su objeto y sólo lo es por la voluntad que la dirige o no a él, y otro tanto ocurre con las tendencias inferiores a su objeto, de aquí que la personalidad es fruto ante todo de la cultura de la voluntad, de la cultura de la libertad. Para ello es preciso enriquecer la inteligencia con todas aquellas verdades que muevan y dirijan la voluntad hacia su fin; es menester fijar claramente en la inteligencia el fin del hombre por realizarse mediante la voluntad: la perfección humana en la posesión de la Verdad y Bien en sí, absoluto, sólo encontrables en Dios, y la norma moral para discernir los medios necesarios que a él conducen. Viene luego la obra de formación más honda y esencial: enamorar la voluntad con ese su fin

supremo y proporcionalmente con todos aquellos fines intermedios, que, como la virtud, la ciencia, el arte, etc., a él se dirigen o, por lo menos, favorecen su conquista, perfeccionando parcialmente al hombre; y después autodeterminarse a ir de frente y a pie firme, con resolución decidida e indefectible, al empleo de todos aquellos medios que nos llevan a él y a la renuncia de todos aquellos bienes subalternos, así ella nos cueste. En pocas palabras, la conquista de la personalidad se desenvuelve en dos tiempos principales: *constitución y determinación precisa, por parte de la inteligencia, del bien supremo del hombre y de los medios necesarios para obtenerlo y decisión firme de la voluntad hacia su adopción, que no deje librado al azar o al interés del momento la irrupción de la libertad, sino que le fije de antemano con la norma de la razón y la propia decisión el cauce de su desarrollo.*

Ambos momentos son también los de la tarea educacional: momentos de la instrucción teórica y práctica de la inteligencia, y momento de la formación de los buenos hábitos de la voluntad y, mediante éstos, de la implantación de los buenos hábitos en todas aquellas facultades e inclinaciones

inferiores directa o indirectamente dependientes de aquélla.

No todas las personas alcanzan su propia personalidad, y muy pocas, rarísimas, la logran plenamente. Por eso, aunque todos los hombres tienen su persona y su libertad, no todos obtienen su desarrollo armónico y firme, no todos alcanzan su plenitud y el dominio y encauce normado de su libertad. Sólo el santo, que ha aunado bajo el imperio de su voluntad, fija en Dios, todo el caudal de sus energías, ha alcanzado su personalidad, cuya auténtica plenitud en realidad únicamente se logra en el cielo en la unidad perfecta de la actividad humana, dirigida toda ella a Dios, en la contemplación, amor y goce de su esencia.

3. — Pero no siempre lo mejor es lo realizable. Hemos dicho que el temperamento es educable, capaz de recibir por el buen uso de la libertad un carácter que de un modo permanente lo incline hacia el bien, es decir, capaz de recibir *una personalidad*. Acabamos de establecer en abstracto la esencia de la personalidad, como el desarrollo de la actividad espiritual hacia la conquista de su objeto que la perfecciona.

Pero es el caso que esta vida espiritual humana está en íntima dependencia de las fuerzas vitales inferiores y, consiguientemente, también de las orgánicas, que actúan de un modo necesario dentro de sus virtualidades individuales. Estas fuerzas tienen un límite específico, común a todos los hombres, que es imposible traspasar, pero lo poseen también respecto a cada individuo. La capacidad orgánica, sensible, afectiva, etc., de que depende indirectamente (en razón del objeto) la vida espiritual, varía de individuo a individuo, como varían sus rostros. La vida espiritual, la inteligencia y voluntad, independientes en sí mismas de estas fuerzas inferiores de que está amasado el temperamento, reciben influjo de ellas sin embargo, dependen de ellas en razón de la materia u objeto de la actividad y, mediante ésta, también del empuje de aquellas inclinaciones, y, aunque inteligencia y voluntad posean un poder de dirección sobre dichos conocimientos y apetitos inferiores, no se trata de un señorío absoluto y despótico, sino de una dirección impresa en ellos hacia determinados objetos, pero siempre dentro de su dinamismo necesario, propio, de acuerdo a sus exigencias específicas e individuales infranqueables.

En este sentido más concreto, teniendo en cuenta el propio temperamento: salud, sistema nervioso, intensidades de los instintos, tono afectivo, sensibilidad, etc., la cultura de la personalidad —permaneciendo en principio siempre la misma: unidad de todas nuestras fuerzas en torno a la conquista de nuestro bien específico— debe ajustarse a las posibilidades y exigencias infranqueables de la subestructura orgánico-animal, no queriendo imponer a cada individuo un tipo común de desarrollo intelectual —para muchos superior a sus recursos orgánico-temperamentales— o una profesión u oficio que no esté concorde con el caudal de sus fuerzas, sensibilidad, etc. El ideal común de la conquista de la personalidad se obtendrá por diversos caminos, y tenerlos en cuenta es tarea fundamental de prudencia y pedagogía de acuerdo al dinamismo temperamental, *reformable pero nunca enteramente sustituible*. Los fracasos en materia educacional, sobre todo vocacional, descartada la eventualidad de casos ocasionales por la dilapidación del tesoro de recursos personales por mal uso de la libertad del propio educando, infiel a su vocación y educación, son debidos en su mayor parte: a) a la falta de correspondencia entre la persona concreta y el camino de realización

de su personalidad (estado de vida, profesión, oficio, etc.), b) cuando no a la falta de adaptación de los métodos y procedimientos empleados para conducir al educando al ideal de su auténtica personalidad (vg.: empleo de la dureza con temperamentos tímidos o, viceversa, excesiva blandura y "mimos" con temperamentos recios, etc.).

Y porque cada hombre es solamente él, con su fisonomía bien individualizada e intransferible, semejante pero no del todo igual a otro, de ahí que el ideal de la pedagogía sería estudiar uno por uno a los sujetos educandos, para señalarles con toda precisión su vocación y adaptar sus procedimientos para cada uno de ellos en particular, ajustándolos a su modalidad individual propia. Y cuando ello es imposible, debe tener en cuenta al menos, los tipos comunes esquemáticos para llevar cada grupo de educandos a la plenitud personal, de acuerdo a las posibilidades y exigencias temperamentales del tipo a que pertenecen. Nadie como el maestro, que ha tenido durante largo tiempo al educando bajo su tutela y lo ha seguido de cerca no sólo en sus estudios sino también en sus recreos y lo ha observado en sus preferencias, diversiones, modales, etc., es el más indicado para

la difícil empresa del discernimiento vocacional, para fijar al alumno el ideal de su personalidad de acuerdo a su *tipo psicológico*.

4. — El valor de la personalidad no se mide por la altura del papel que se representa en la sociedad o por el de la nobleza del estado o profesión que se tiene, sino por la perfección con que se la ejerce, por la plenitud con que se la vive; y ésta depende de la adecuación del individuo y sus fuerzas con el ideal personal adoptado y la aproximación constante del ser que se era hacia el ser que se debía ser y que se ha llegado a realizar mediante el buen uso de la libertad, obtenido gracias a la dirección y ejercicio de la educación. La coincidencia de estas dos líneas —ser y deber ser— es el ideal de la personalidad plenamente lograda, y su mayor aproximación —y no el ideal vocacional en sí mismo— es lo que mide el valor y la grandeza de la personalidad.

El relieve de la personalidad está señalado por la mayor o menor realización del ideal vocacional. Es menester desterrar de nuestra juventud —y me refiero principalmente a la de nuestro país— el prejui-

cio de que es la profesión quien ennoblece al hombre; cuando en realidad la inversa es la verdadera: es el modo recto y perfecto con que se la cumple, con que se la vive, lo que nos da relieve personal en cualquier oficio o profesión. Tal aconteció en la Edad Media: no interesaba tanto ser artista o artesano, sabio, filósofo o teólogo u hombre de oficio; lo importante era cumplir, "llenar" su misión, realizar plenamente su personalidad en el peldaño social señalado por las propias cualidades vocacionales. Dentro de una jerarquía armónica de este organismo medioeval, "ninguna diferencia de clases" mediaba, todos trabajaban en el anonimato con el mismo espíritu de dedicación y de sacrificio de hijos de Dios para la casa de su Padre. De ahí el amor con que se cumplía el deber y la dedicación con que se ejecutaban no sólo las grandes obras, sino también las más pequeñas: recuérdese el arte con que se fabricaba una llave o un atril o se "iluminaba" un libro de oraciones, los cuales resultaron, por eso, verdaderas obras maestras. (Piénsese, por ejemplo, en las ilustraciones o "iluminaciones" del "Libro de horas" del Duque de Berry o de S. Luis, rey de Francia.)

111

5. — Mas conviene subrayar que el ideal de la perfección vocacional no es sino un medio de realización de la propia personalidad. La plenitud personal humana no puede ser otra que la consecución del último fin o perfección humana, la verdad y bien en sí, sólo encontrables en la Verdad y Bien infinitos de Dios. En realidad, la personalidad lograda del artista, del médico, del artesano, etc., no son sino medios, que en tanto valen, en cuanto se dirigen y alcanzan un desenvolvimiento pleno de la persona humana. Un artista, un médico, que no fuese más que un buen *artista*, un buen *médico* y no un artista *bueno*, un médico *bueno*, es decir, un artista o médico, cuya perfección no trascendiese más allá de la exigida por el ideal o deber ser de su vocación artística o médica, estrictamente tal, y no se extendiese ante todo a su vocación humana, al hombre que vive en él, que no lo desarrollase primordialmente bajo el aspecto humano, en la medida de lo posible, en esta vida del tiempo, no habría alcanzado sino una personalidad truncada y dislocada de su verdadero cauce final. Sería el contrasentido del medio desconectado del fin. Sólo escalando la perfección humana (la vocación general y común del hombre) a través de

la más inmediata vocación particular, integrada, junto con la consecución de su fin inmediato, en su fin o bien supremo, se alcanza la personalidad, la posesión del humanismo cabal y total, del "humanismo integral", de que habla Maritain.

6. — El cristianismo al levantar, sin destruirlo, el fin o bien supremo de la persona humana, señalándolo en la posesión de Dios por la visión intuitiva, levanta, por eso mismo, el punto terminal de la conquista de la personalidad: no se trata ya de una ascensión hacia la perfección humana, y mucho menos solamente temporal, sino hacia una *plenitud divina y eterna*, comenzada ya en el tiempo con el desarrollo vigoroso e incesante de nuestra vida de hijos de Dios, que nos trajo Jesucristo desde el seno del Padre. El cristiano no puede perder de vista nunca este fin sobrenatural y eterno, que ilumina y da sentido a su vida temporal y a su desarrollo¹ y la pedagogía cristiana tiende a arraigarlo profundamente en el alma y a encauzar hacia su consecución toda la actividad multiforme de la vida terrena, incluso su actividad vocacional terrena. El ideal inmediato de

¹ Véase la SEGUNDA PARTE de esta obra.

la vocación profesional y del estado de vida —sin perder en nada de su valor humano como medio de realización de la personalidad— queda elevado infinitamente de categoría para convertirse en el camino ascensional que conduce a la plenitud de la personalidad en el cielo, no sin alcanzar antes en esta vida terrena un desarrollo recio y vigoroso de la misma, bajo la cual se organiza, subordinándosele, el desenvolvimiento de la perfección puramente humana.

El humanismo integral o desarrollo armónico de todas las facultades humanas con subordinación a las específicas superiores de la inteligencia y de la voluntad, con la consiguiente unificación de toda nuestra actividad hacia la conquista de la perfección humana en la unidad de la personalidad, sin perder nada de su auténtico valor *natural*, queda elevado, en la concepción y vida cristiana, a un fin infinitamente superior y *sobrenatural*: no se trata ya sólo del desarrollo de nuestras facultades naturales sino del desenvolvimiento de virtualidades infinitamente superiores y divinas, depositadas en nuestra alma con la filiación divina. La educación permanece siempre como obra temporal, pero ella se nutre con un fin no sólo eterno

—como acontecería aun en un orden de pura naturaleza— sino divino, que ilumina y da sentido sobrenatural a la obra de perfeccionamiento temporal humano.

Tanto el desarrollo perfecto de la personalidad humana como la del hijo de Dios, que vive en el cristiano, obra del tiempo como son, alcanzan, por eso, su definitivo término y plenitud verdadera en la eternidad. El tiempo debe preparar y desarrollar, sin alcanzarla, la plenitud de la persona. Precisamente, por eso, la obra de perfectibilidad y desarrollo de la personalidad no termina sino con la muerte, y la obra de la educación no tiene límites en la fugacidad de la presente vida. Jamás podrá ella descansar con la obtención del fin alcanzado. En realidad, trabajando en el tiempo y para el tiempo, su fin se obtiene en la eternidad, en la expansión total, en la plenitud de la persona. Porque la pedagogía —obra esencialmente del *tiempo*, como que está unida a la *perfectibilidad* natural y sobrenatural del hombre— tiene sin embargo sus raíces en la *eternidad*, ya que de ese fin supremo de la plenitud humana —o divina, en la economía cristiana— sólo conseguible en la eternidad, saca ella para el tiempo sus principios de dirección en el desenvolvimiento de la personalidad.

1.11.10

Cumplida su misión temporal —bien que de consecuencias eternas— la pedagogía, como la ética y todas las actividades práctico-morales, como toda la obra de la cultura, terminará con la cesación de la practicidad humana, esencialmente ligada a la temporalidad aunque sostenida por un fin intemporal, cuando con la posesión eterna de la suprema perfección del infinito Bien el hombre haya arribado al término de su pleno desarrollo humano y divino, haya alcanzado la plenitud de su personalidad.

SEGUNDA PARTE

Concepto de la educación y formación de la personalidad en el orden natural y sobrenatural del hombre.

CAPÍTULO ÚNICO

1. — Educación es la misión divina de la Iglesia. “Id por todo el mundo y enseñad a todas las gentes enseñándoles a observar todo cuanto os he mandado”¹. Tal es el mandato supremo legado por Jesucristo a sus apóstoles antes de partir a los cielos; y en ellos a sus sucesores, al Papa y a los Obispos y a cuantos participan de su ministerio *docente* y pastoral. Por eso añade el divino Salvador: “Y he aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos”² para ayudaros en esta obra de educación de los hombres en orden al logro de su fin eterno. No les manda sólo enseñar su doctrina, sino también el cumpli-

¹ y ² *Evang. de S. Mat.*, XXVIII, 19 y 20.

miento de sus preceptos, educarlos en la vida cristiana.

Con grande celo y generosidad ha cumplido y sigue cumpliendo la Iglesia este testamento de su divino Fundador. Sus veinte siglos de evangelización cristiana llevada hasta los confines del mundo, con los medios más diversos, a veces tan desproporcionados con sus efectos maravillosos, en situaciones favorables y adversas, acomodada a todos los tiempos, edades y pueblos, fecundizada con la caridad, el sacrificio y el heroísmo de sus hijos: los sacerdotes, misioneros, hermanas de caridad y fieles cristianos, y con las oraciones de sus almas consagradas a Dios en la contemplación y la penitencia, regada con la sangre de sus innumerables mártires de ayer y de hoy; no son sino la obra de educación perenne y plena de los hombres y de la sociedad, para conducir a aquéllos a su perfección y salvación y a ésta a una civilización cristiana, que, cooperando con sus medios a una más fácil consecución del fin de la Redención de Jesucristo en las almas, inspirada en los principios del Evangelio, realice a la vez de un modo eminentemente superior los fines de la ciudad terrena.

De aquí la predilección constante de la Iglesia, de los S. Pontífices sobre todo, por

la educación cristiana de sus hijos desde sus primeros años; y que la información en la doctrina y las costumbres cristianas de esta porción elegida de su grey haya constituido siempre la preocupación máxima de los Papas.

Ultimo eslabón de esta cadena ininterrumpida de documentos y disposiciones pontificias sobre el tema, a través de los siglos, es la magnífica Encíclica del llorado Pío XI, "Divini Illius Magistri", cuyo rico contenido se ha propuesto desentrañar en buena hora la Acción Católica Argentina en esta Semana de Estudios Sociales. No podía escapar a la penetrante mirada ni a la paternal solicitud del gran Pontífice que fué Pío XI, la vital importancia y la gravedad de este problema para el fin divino de la Iglesia: la santificación y salvación de las almas. Si no ha habido tópico, el más complejo y el más apasionante de nuestra época, sobre el que Pío XI no haya derramado a raudales las luces de la Verdad divina, de la que fué generoso dispensador, mucho menos había de dejar de volcarlas sobre este tema que pertenece *directamente* a la misión divina de su Magisterio supremo; sobre todo cuando teorías políticas y sociales extremas han sembrado la confusión y saturado el medio ambiente con el

error sobre asunto de tanta trascendencia, hasta penetrar incluso en la mente de no pocos católicos, con el fin de forjar para sí y ganar para sus ideologías descarriadas esta niñez y esta juventud, que es patrimonio ante todo de la Iglesia, redimida como está con la sangre del Cordero.

2. — Frente al liberalismo laicista y naturalista, que so capa de neutralidad, y del totalitarismo materialista y panteísta de tonalidades extremas, que so pretexto de que el niño pertenece ante todo al Estado, deforman ambos positivamente la conciencia y la vida de los hombres con una educación derivada de un fin equivocado asignado a nuestro ser y de una concepción errónea de la vida; en esta Encíclica, en la que ha expuesto sucinta pero claramente los puntos fundamentales de la doctrina católica sobre la educación, el Padre Santo, con honda penetración, comienza por asentar con toda firmeza el fin sobrenatural de la persona humana para iluminar con su luz el concepto cristiano de la educación y señalar con precisión los deberes y derechos que sobre ella ejercen la Iglesia, la Familia y el Estado. Porque, en efecto, el último fin del hombre es quien esclarece su vida y da sentido, asignándole el papel que le

corresponde, a la educación sobrenatural cristiana.

3. — Enseña la Filosofía que Dios no ha podido crear nada sin dirigirlo a Sí, a su gloria, como a su último fin. Sólo su mismo Ser, la participación de sus Perfecciones por otros seres, puede ser un fin digno de Él. Toda creatura, por el mero hecho de ser y en la medida de su acrecentamiento ontológico, participa y manifiesta el Ser y Perfección de Dios, es *objetivamente* su gloria. También cuando crea al ser inteligente, el fin que Dios se propone no puede ser sino la participación y manifestación de su Bondad divina, pero de un modo eminentemente superior a la de los seres irracionales, por el conocimiento y el amor. El hombre está hecho, pues, para glorificar con su conocimiento, sumisión y amor al Ser divino, y devolver en alas de esta glorificación formal, como sacerdote de la creación, todas las creaturas materiales a Dios.

Un análisis directo sobre nuestra naturaleza nos conduce a la misma conclusión. El fin último al que irresistiblemente tiende el hombre a través de sus facultades superiores y específicas, la inteligencia y la voluntad, es la Verdad y Bondad en sí, sin límites, es el Bien infinito, la felicidad. Este

fin intrínseco objetivo al que por naturaleza tiende el hombre no es, pues, sino Dios. El hombre no puede conseguir su fin o bien específico sino por la actualización de sus facultades espirituales, inteligencia y voluntad, con la posesión de la Verdad y Bondad infinitas de Dios, no puede obtener su felicidad sin el conocimiento y el amor plenos del Ser divino. El fin al que Dios ha debido necesariamente destinar al hombre al crearlo, y que no puede ser sino su glorificación formal, coincide, como se ve, con el fin que su naturaleza incoerciblemente busca. El hombre no puede lograr este fin intrínseco de su ser, su felicidad, sin glorificar ipso facto perfectamente a Dios, y a su vez no puede glorificar perfectamente a Dios sin alcanzar la plenitud del objeto de las facultades espirituales, sin conseguir la felicidad. Conclusión fácil de prever, ya que la naturaleza está esencialmente determinada en lo que ella es y en el sentido de su movimiento específico, por el fin a que Dios la destina al crearla. La naturaleza, como enseña S. Tomás, no es sino la ejecución, y, como tal, la expresión, del último fin de Dios¹.

¹ Cfr. S. TOMÁS: *S. Theol.* I, q. 22 a. 2; q. 105, a. 5; y I-II, q. 1, a. 2. Véase también el n. 14 del c. I y el n. 16 y sigs. del c. III de nuestra obra recién-

La vida humana, aún a la luz de la sola razón, aparece así dirigida a un fin trascendente que la engrandece: está ella abierta por su inteligencia y voluntad hacia una plenitud infinita que debe conquistar fuera de sí misma en el Ser infinito de Dios. Desde entonces el fin de la existencia terrena de nuestra vida, aun a las solas luces de la razón, aparece como una preparación, como una aproximación incesante hacia Dios, por el conocimiento, el amor y la sumisión a su divina voluntad.

El hombre recibe una naturaleza espiritual hecha para la Verdad y Bien infinitos, pero sin la posesión actual de ese Bien que debe conquistar. La línea de su perfección es la que le lleva y acerca más y más a la posesión de su fin. La norma moral de la conducta humana no es, por eso, sino su último fin: el hombre se perfecciona y acrecienta en su ser con el desarrollo de sus perfecciones espirituales, de su inteligencia y voluntad (y de las demás en cuanto sirven a éstas), en la proporción en que por esos actos se aproxima hacia su último fin, logrando en la misma medida su perfección

temente aparccida: *Los fundamentos metafísicos del orden moral*. Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 1941.

1412

intrínseca en el desenvolvimiento de su ser intelectual y moral-religioso¹.

¡Noble fin el del hombre, aun a las luces de la sola razón, que así ilumina su vida y su perfección espiritual con las luces del Bien divino para el que está hecho! ¡Nuestro débil ser limitado y contingente es capaz de sobrellevar la infinitud del Ser divino, en quien se integra!

La obra de la educación, aun en ese orden puramente natural, consistiría en favorecer el desarrollo armónico de todas las facultades humanas con subordinación de las inferiores a las superiores y principalmente en el desenvolvimiento de sus facultades espirituales dirigidas ante todo hacia Dios, el objeto que las perfecciona, ayudando al hombre a vencer los obstáculos que se oponen a ello. Y es ahí donde reside la grandeza y la necesidad de la educación: si el hombre no se acerca hacia su plenitud ontológica sin una penetración de Dios en su ser por sus facultades superiores, la educación es la encargada de provocarla, favorecerla y realizarla en las almas de los hombres mediante el desarrollo de los buenos hábitos en la voluntad, que hagan fácil y

¹ Cfr. el c. VI de *Los fundamentos metafísicos del orden moral*, antes citado.

permanente esa obra de perfeccionamiento humano.

4. — Pero en un exceso de su infinita bondad, Dios no se ha contentado con otorgar al hombre fin tan noble proporcionado a su naturaleza espiritual, sino que lo ha creado para un fin infinitamente más elevado, para hacerlo partícipe de su misma felicidad esencial por la visión y la plenitud del divino amor. Y así como el fin natural de la creación es causa determinante de la naturaleza del hombre, del mismo modo este fin sobrenatural divino es la causa determinante de la sobrenaturaleza o gracia santificante, con que Dios, al crearlo, lo hizo participante de su vida. Para que pudiese dirigirse a ese fin sobrenatural de la visión de su divina esencia como a la plenitud de su vida divina, Dios otorgó al hombre la gracia santificante, germen de esa plenitud. Por la gracia, verdadera participación de la vida de Dios, el hombre salía de las manos de su Creador, no sólo como su criatura sino como su *hijo*. Enriquecido con este germen de vida divina, el fin de su vida terrena consistía en desarrollar esa vida sobrenatural hasta alcanzar su plenitud en el cielo. Sin destruir la naturaleza, la gracia la supera infinitamente, así

como el fin sobrenatural rebasa eminentemente el natural.

A más de la vida sobrenatural de la gracia, Dios otorgó al primer hombre los preciosos dones de la *inmunidad*, por el que sus pasiones estaban sujetas a su razón, y el de la *integridad*, por el que quedaba exento del dolor y de la muerte. Con su fidelidad a la gracia, sin luchas ni sufrimientos, había de desarrollar él esa vida en el tiempo para alcanzar después su plenitud en el cielo.

Poco o nada hubiese tenido que hacer la educación en ese estado de inocencia, en que el desarrollo sobrenatural del hombre se hubiese realizado sin pasiones que vencer y sin debilidad de voluntad que sostener.

5. — El pecado de Adán privó al género humano de la vida divina sobrenatural y de estos dones preternaturales que la acompañaban; nos despojó de la filiación divina y de sus derechos al cielo, nos sometió a la muerte y al sufrimiento y desató nuestras pasiones contra la razón. Por él perdimos "los bienes sobrenaturales y fuimos heridos en los naturales".

Para devolvernos esa vida divina bajó del cielo el Verbo de Dios. Compadecido de la impotencia humana para reintegrarse por

Sto. Tomás:
"spiritus
gratias
et virtutes
in naturam"

q. 10, 30

sus solas fuerzas a su primitivo estado, Buen Pastor, bajó del cielo el Hijo de Dios dejando las noventa y nueve ovejas de sus ángeles fieles para salvar a la oveja descarriada del hombre. Hecho nuestro hermano según la carne, tomó sobre sí nuestros pecados y los borró en la Cruz con los dolores de su Pasión y de su muerte pagando por ellos el rescate infinito de su sangre. Por su Redención Jesucristo nos reconcilió con Dios, nos incorporó a Él, y en Él y por Él Dios nos perdonó nuestros pecados y nos devolvió su amistad y su vida, mas no los dones preternaturales.

El hombre caído y redimido por Cristo se rehabilita a su primitivo estado por los sacramentos —canales por donde descien- den y se aplican los frutos de la Redención del Salvador— en cuanto a la vida de Dios, mas no en cuanto a la exención del dolor y de la muerte y a la inmunidad de la concupiscencia.

De aquí la diferencia entre el primitivo estado de inocencia y el de redención, en que actualmente vive el hombre. Reconstituído en su filiación divina, no por eso se han borrado en su naturaleza las huellas del pecado. Para alcanzar su último fin sobrenatural el hombre ha de conservar y desarrollar su vida divina en una naturale-

za que se le opone y le combate. Sólo mortificando sus pasiones que lo arrastran a los bienes sensibles apartándole de su verdadero Bien, y abnegando su voluntad debilitada por la primera culpa, obligándola a guiarse por el camino muchas veces penoso del bien, puede alcanzar su perfección sobrenatural y encaminarse a su último Fin. Sin perder su inclinación al bien natural, sin que su naturaleza esté esencialmente corrompida, ha quedado, sin embargo, be- rida por el pecado original, se encuentra obnubilada en su inteligencia, debilitada en su voluntad y solicitada por mil inclinacio- nes subalternas, las más vehementes, que, atrayéndola hacia los bienes deleitables, tienden a desviarla y aun a apartarla de su fin.

Tal es la situación real del hombre frente a su último fin en la presente economía de naturaleza caída y redimida.

Conviene no perder de vista este fin su- premo de nuestro ser en las presentes circunstancias, porque a su luz se esclarece la finalidad y el sentido de la presente vida e ipso facto también "el concepto de la educación sobrenatural católica" en sí mis- mo, así como los deberes y derechos del su- jeto que ha de impartirla. "Es, pues, de suma importancia, escribe el Papa Pío XI,

no errar en la educación, como no errar en la dirección hacia el fin último, con el cual está íntima y necesariamente ligada toda obra de la educación. En efecto, puesto que la educación esencialmente consiste en la formación del hombre tal cual debe ser y como debe portarse en esta vida terrena para conseguir el fin sublime para el cual fué creado, es evidente, que como no puede existir educación verdadera que no esté totalmente ordenada al fin último, así, en el orden actual de la providencia, o sea después que Dios se nos ha revelado en su Unigénito Hijo, único "camino, verdad y vida", no puede existir educación completa y perfecta si la educación no es cristiana"¹.

6. — La vida terrena no es sino la preparación para alcanzar este fin sobrenatural. El hombre ha de encauzar todos los actos de su vida hacia la consecución de su supremo destino, la glorificación formal perfecta sobrenatural de Dios por la visión beatificante. Para ello no basta la práctica de uno o de muchos actos buenos dirigidos a ese fin; ya que toda nuestra vida es de Dios y todo cuanto somos y hacemos ha de dirigirse a la glorificación de Dios por

¹ Encíclica *Divini illius Magistri*. Edic. Santa Catalina, pág. 5, Buenos Aires, 1939.

la perfección de nuestra conducta, so pena de perder nuestro destino eterno. Es menester que la vida de Dios comunicada a nuestras almas se desenvuelva progresivamente, sin tropiezos ni retardos, hasta alcanzar normalmente, al término de la presente vida, la plenitud del cielo. Para alcanzarlo, el hombre ha de llegar a dominar y someter de un modo permanente sus pasiones, que, rompiendo la armonía de su ser, tienden a apartarlo de su ascensión a Dios, y la debilidad de su voluntad obligándola a abrazarse con la virtud. De aquí que la obra de santificación, que no es sino un crecimiento en la divina caridad, no se realice ordinariamente sino en la medida de la adquisición de las virtudes morales. Es menester imprimir en nuestra voluntad los buenos hábitos, las virtudes morales cristianas de la templanza, fortaleza y justicia que bajo la dirección de la *prudencia* ordenen de un modo permanente nuestra conducta hacia nuestro último fin, hacia el bien. Enriquecida con ellas como con una segunda naturaleza, nuestra voluntad fácilmente dominará la concupiscencia, las pasiones que la inclinan a buscar los bienes deleitables con detrimento del bien honesto (*templanza*), y se abrazará con presteza y constancia con los medios necesarios o

convenientes para su último fin, por costosos que ellos sean (*fortaleza*), dando a Dios y al prójimo y a la sociedad lo que demanda la *justicia*. Con la virtud no sólo practicamos el bien, sino que estamos *constantemente inclinados* a realizarlo.

Mas para lograr este dominio habitual de sus pasiones y la orientación permanente a su último fin por las virtudes morales de la voluntad y bajo la virtud intelectual de la prudencia, e integrar todo este orden de virtudes naturales en el orden sobrenatural de la divina caridad, a que precisamente van encaminadas y a la que sirven como a su fin, menester es usar de *médios* sobrenaturales: los sacramentos y la oración, fuentes de la gracia de Dios, con cuya ayuda se realice esta obra de ordenación permanente del cristiano hacia su último fin.

A la luz de la doctrina del fin sobrenatural, al que el hombre está destinado, por una parte, y, por otra, del pecado original que ha herido su naturaleza, esclarecese el fin de la vida humana en la presente economía así como el camino para llegar a él. No se trata ya de una conquista de su plenitud sobrenatural que el hombre puede obtener por el desenvolvimiento fácil y sin dificultades de la divina caridad, tal

como hubiese acontecido en el estado de inocencia; sino de un movimiento ascensional hacia la perfección del amor divino en todo nuestro ser y en toda nuestra vida, por la abnegación constante de nuestra voluntad y la mortificación habitual de nuestros apetitos sensibles. La ascensión del hombre hacia el desarrollo de su vida divina es, por eso, una lucha en la que solamente vence quien se arma con los auxilios divinos y con su ayuda se lanza valientemente al combate. Tal es el concepto de la vida sobrenatural cristiana que nos presenta la S. Escritura y los Santos Padres de la Iglesia: "La vida del hombre sobre la tierra es un combate"¹. "No será coronado sino aquél que pelear valientemente"². "Si alguno quiere venir en pos de mí, abniéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame"³. Primero es preciso tomar la cruz, abnegarse y mortificarse, y sólo después podremos seguir a Cristo hasta el monte del Amor. Es preciso crucificar al hombre viejo con todas sus pasiones para que renazca y crezca el hombre nuevo, el hijo de Dios⁴.

¹ *Job*, VII, 1.

² *II Timot.* II, 5.

³ *Math.* XVIII, 24.

⁴ *Ephes.* IV, 17-24.

7. — La educación que casi no tenía lugar en el orden de naturaleza inocente es de necesidad imprescindible en el de naturaleza redimida. Si la consecución del último fin y, por ende, del fin de la presente vida como preparación a él, implica tantas dificultades que vencer y la adquisición de las virtudes morales que la faciliten, se comprende enseguida el papel indispensable que desempeña la educación en la formación del cristiano, y la responsabilidad enorme de quienes deben impartirla. En realidad, la educación participa directamente de la misión divina del apostolado: tiende nada menos que a asegurar la salvación de las almas por su recta formación y santificación. A ella toca desarraigar los malos hábitos, los vicios, que acechan constantemente contra la vida cristiana o impiden su desarrollo, y desenvolver las virtudes que la favorecen; preparar al hombre, en una palabra, para el cumplimiento de su destino temporal a la luz del último fin sobrenatural y teniendo en cuenta la situación real de la existencia humana en su aspecto individual y social.

La doctrina de la pedagogía contemporánea sobre el desarrollo de la personalidad como fin inmediato de la educación, tiene también entera cabida en el orden de la

gracia: la educación cristiana se dirige a formar lo que podríamos llamar la personalidad sobrenatural, la personalidad del hijo de Dios, por el desarrollo armónico de todo su ser natural y sobrenatural con subordinación y para servir al fin divino, vale decir, a su vida divina.

La pedagogía actual distingue con acierto entre temperamento y carácter. El temperamento está constituido por el conjunto de rasgos físico-fisiológicos dados por la naturaleza, la herencia y el medio, y que forman nuestro modo de ser peculiar recibido y que no depende de nosotros el obtenerlo o cambiarlo en sí mismo. Cada temperamento tiene sus aspectos buenos y malos dados como virtual o potencialmente, y que la buena o mala educación se encargará de desarrollar, actualizándolos, o anular. El carácter, en cambio, es la obra de rectificación de nuestro temperamento, es el fruto del desenvolvimiento de las buenas cualidades naturales y del dominio permanente de nuestras malas inclinaciones, con el injerto, si es preciso, de rasgos de que carecíamos, indispensables o útiles para nuestra vida. El carácter es, por eso, aquel conjunto de buenas cualidades que se manifiestan de un modo permanente en todas las situaciones de un hombre, como

algo suyo propio, y que dan a su vida una fisonomía peculiar imprimiendo en su conducta el sello de la unidad. A medida que se desarrolla y se afianza el carácter en un individuo, menos su conducta queda librada a los azares del capricho, pasiones e intereses del momento de su temperamento. Esa unidad de vida dirigida permanentemente hacia el bien, lograda por el carácter, esa "línea de conducta" que encauza de un modo habitual la actividad de un hombre hacia un ideal noble, dándole perfiles definidos, a través de las situaciones más diversas, es lo que se llama su personalidad¹.

La formación del carácter implica la conquista de nuestro propio ser con el desenvolvimiento de sus facultades espirituales y con el dominio sobre las inferiores, y constituye, por eso, el fin de la educación. Ésta no aspira sino a imprimir en la vida del educando una línea de conducta de acuerdo a un ideal o fin preestablecido, es decir, a darle una personalidad definida para la conquista de su propia perfección en un movimiento de acercamiento a ese mismo fin.

Ahora bien, aplicando este concepto al hombre tal cual es, al hombre que, si bien

¹ En la primera parte de esta obra, quedan expuestos con más precisión estos conceptos.

ha sido restablecido en el orden sobrenatural por la Redención, sin embargo, lleva impresas las huellas del pecado original en la rebeldía de sus pasiones contra la ley del espíritu y en la debilidad de su voluntad en la práctica del bien, comprenderemos que su verdadera personalidad o unidad de conducta ha de establecerse y desarrollarse en orden y de acuerdo a la consecución de su último fin sobrenatural, teniendo en cuenta a la vez la situación de su naturaleza inclinada al mal. La educación cristiana ha de procurar imprimir en la vida del niño y del joven con perfiles sobresalientes el sello de su personalidad sobrenatural, del hijo de Dios, que organiza y aúna todas las actividades de su vida por sobre los fines inmediatos, a veces temporales, a la conquista de la perfección de su vida sobrenatural, a la conquista de su último fin. El fruto más sazonado de la educación cristiana será la personalidad más reciamente constituída y capaz de aunar más vigorosamente todas las manifestaciones de su vida en el cauce profundo del último fin sobrenatural, impregnando de vida divina a todo el hombre, será el santo que en cada acción, grande o pequeña, y por encima de sus fines inmediatos, con el "ojo simple de una recta intención", todo lo hace y dirige

a la glorificación de Dios con la consiguiente perfección de su conducta. Lo que de grande tiene la naturaleza humana, sus manifestaciones en el sector de las ciencias, de las artes, de la técnica y también de la moral individual y social, no se suprime sino que se salva subordinándose e integrándose en el fin divino del cristiano.

8. — Para lograr tan bello ideal, la educación ha de fijar y afianzar hondamente en el alma del niño el fin sobrenatural de su existencia, la convicción de que su logro constituye lo único necesario de su vida y de que hacia su conquista ha de dirigirse con todos sus actos y sus obras, sobrepasando todas las dificultades de dentro y de fuera que se opongan a ello. Hay que incrustar muy adentro de su mente y de su corazón la convicción profunda de que por encima de todos los intereses y fines humanos está este fin eterno para el que ha sido creado, y que, por ende, debe cuidar, por sobre todo, vivir en gracia y amor de Dios y hacer todo cuanto hace para agradarle y preferir todos los males físicos y morales a apartarse de su fin divino por el pecado.

Fijada esta idea central en el alma del niño y a la luz de sus destellos que esclarecen el sentido de la vida, la educación

cristiana tiende a organizar las virtudes sobrenaturales y aun las naturales integradas en la caridad, para que desde el comienzo de su existencia, antes de que se hayan desarrollado sus pasiones y afianzado sus malos hábitos, desarraigándolos si es preciso, su alma se vaya robusteciendo más y más para la lucha contra el mal y el ejercicio de la virtud de un modo permanente en la unidad de su personalidad sobrenatural bien definida y plenamente lograda por la orientación habitual y fácil de toda su vida y en las situaciones más diversas y difíciles de su conducta hacia su último fin. La educación sobrenatural se encamina, como se ve, a cicatrizar las heridas del pecado original en nuestra naturaleza por medio de las virtudes cristianas, facilitando así el desarrollo de la vida de Dios en los hombres. "Efectivamente, escribe el Papa en su citada Encíclica, nunca hay que perder de vista que el sujeto de la educación cristiana es el hombre todo entero, espíritu unido al cuerpo en unidad de naturaleza, con todas sus facultades naturales y sobrenaturales cual nos lo hacen conocer la recta razón y la revelación; por lo tanto el hombre caído de su estado originario, pero redimido por Cristo y reintegrado en la condición sobrenatural de hijo adoptivo de

Dios, aunque no en los privilegios preternaturales de la inmortalidad del cuerpo y de la integridad y equilibrio de sus inclinaciones. Quedan, pues, en la naturaleza humana los efectos del pecado original, particularmente la debilidad de la voluntad y las tendencias desordenadas”¹.

Pero como semejante ejercicio de la vida cristiana no se consigue con la sola repetición de los actos, con solas las fuerzas humanas, y es indispensable para alcanzarlo la ayuda de la gracia de Dios, menester es que la educación infunda en el educando la convicción de la necesidad indispensable que tiene de emplear los medios sobrenaturales para alcanzarla. La educación cristiana debe enseñar y habituar al educando a acudir constante y fervorosamente a Dios por la oración y a acercarse con frecuencia y cuidado a los santos Sacramentos².

Semejante formación cristiana no se da con sola la enseñanza; todo cuanto rodea al niño debe propender a infundírsela, y nada debe haber en torno suyo que pudiera comprometerla. Los maestros, la familia, los compañeros, el ambiente de vida, todo ha de estar saturado no sólo de enseñanza sino también de vida cristiana, de ejemplos de

¹ *Divini illius magistri*, edic. cit., pág. 22-23.

² *Idem*, pág. 28.

religión y de virtud, y la manera de pensar, mirar y afrontar los acontecimientos de la vida, prósperos o adversos, buenos o malos, ha de estar impregnada de principios sobrenaturales que vayan plasmando en el espíritu de fe, de religión, de caridad y de buenas costumbres la mente, el corazón y la voluntad del niño. "Para obtener una educación perfecta, se expresa Pío XI, es de suma importancia velar por que las condiciones de todo lo que rodea al educando, durante el período de su formación, es decir, el conjunto de todas las circunstancias que suele denominarse "ambiente", corresponda bien al fin que se pretende"³.

Siempre a la luz del último fin, que le da sentido, y más por el ambiente vivido que por la enseñanza oral, ha de forjarse el alma y las costumbres del educando también en el respeto, caridad y justicia para con los demás. Sólo cuando se marcha con la fe vivida en la paternidad de Dios, de cuya vida participamos incoativamente en el tiempo para poseerla perfectamente en la eternidad, se pueden cumplir con sinceridad y heroísmo los deberes de la caridad.

Toda educación que no tiene su punto de arranque en el último fin sobrenatural

³ Idem. pág. 26. Véanse las páginas siguientes del documento pontificio.

del hombre redimido, que esclarece el sentido de nuestra vida, aun cuando se llame a sí misma cristiana, carece del más sólido e insustituible fundamento; y si bien puede conseguir temporal y accidentalmente algunos frutos, está condenada de antemano al fracaso, porque está minada en su base y privada de la idea directriz de la auténtica perfección humana, a que ella debe orientar y ayudar a conseguir. Una educación que pierde de vista el fin sobrenatural del hombre carece del sentido de la vida y perfección verdadera de nuestro ser a que ella debe conducir, y está afectada de una radical esterilidad cuando no deformación de nuestra naturaleza elevada por la filiación divina.

9. — Mucho más funesto aún es el *naturalismo*, que no contento con desconocer y descuidar, sustituye el último fin trascendente y sobrenatural del hombre con otro temporal y humano, falseando positivamente con ello el concepto y el sentido de la vida, así como el de nuestro ser y perfección, y favoreciendo una educación que no puede conducir al hombre sino a su ruina.

De aquí la vehemencia con que el Papa condena esta aberración filosófica de tan

funestas consecuencias prácticas: “Por lo mismo es falso todo naturalismo pedagógico, que de cualquier modo excluya o amigre la formación sobrenatural cristiana en la institución de la juventud; y es erróneo todo método de educación que se funde, en todo o en parte, sobre la negación u olvido del pecado original o de la gracia, y por tanto, sobre las fuerzas solas de la naturaleza humana. Tales son, generalmente, esos sistemas actuales de nombre diverso que apelan a una pretendida autonomía y libertad ilimitada del niño y que disminuyen o aun suprimen la autoridad y la obra del educador, atribuyendo al niño una preeminencia exclusiva de iniciativa y una actividad independiente de toda ley superior natural y divina, en la obra de su educación”¹.

El naturalismo desvincula al hombre de su verdadero fin no sólo sobrenatural sino aun trascendente y eterno, y desconoce la situación de naturaleza caída y redimida en que aquél se encuentra. Con lo cual la vida pierde su sentido sobrenatural, y la lucha contra las pasiones no tiene razón de ser. Si el hombre no tiene otro fin más que el de la vida presente ni se dirige ni

¹ Encíclica citada, pág. 23.

subordina a otro ser, él es fin y dueño absoluto de su propia existencia, y la norma de sus actos no deberá buscarla sino en su propio bien y conveniencia en la inmanencia de su naturaleza. Nada podrá oponerse a la satisfacción de sus pasiones e instintos y en vano se invocará el sentido de la dignidad y otros ideales semejantes, que ni sentido tienen en un sistema que ha roto con el fin trascendente divino y con la grandeza de nuestro ser, y están por eso afectados de ineficacia. ¿En virtud de qué principio superior a él se le podría imponer al hombre la mortificación de sus malas inclinaciones? Más aún. ¿Cómo podrían ser estas inclinaciones malas o prohibidas, si no hay fin superior a él mismo que pueda establecer una norma capaz de gobernarlas? El fin de su vida no trasciende ni su ser ni su existencia temporal. Desde entonces el ideal del naturalismo no puede ser otro que el de conservar y desarrollar lo más posible la vida presente, procurándose todas las satisfacciones superiores e inferiores, lícitas e ilícitas (si sentido conservase *de derecho* la obligación moral en un sistema, cuyo último fin y suprema regla moral es el propio hombre). Aunque aparentemente el naturalismo panteísta engrandece al hombre al colocarlo en el pedestal de Dios,

fin de su vida, en realidad hace de él un ser despedazado con aspiraciones vanas e irrealizables de felicidad eterna, envilece con un fin finito y terreno, con un bienestar temporal, las más de las veces irrealizable, su vida anhelante del Bien infinito y de la beatitud sin término.

La educación del naturalismo no hará sino inculcar este ideal de bienestar terreno y enseñar los medios para alcanzarlo. No hará sino preparar al educando para una vida puramente temporal; pero como realmente ésta se torna contradictoria y absurda, abierta como está por todas sus puertas al Bien en sí, sin un Fin infinito ni siquiera eso conseguiría hacer eficazmente. Porque, aunque parezca una paradoja, sólo una educación que prepara para la vida eterna es capaz de ordenar y perfeccionar debidamente la vida presente de acuerdo a las orientaciones profundas de nuestra naturaleza y a las exigencias de nuestra vida divina.

Aun en el caso de no rechazar el fin natural trascendente y eterno de la vida humana, el naturalismo falsea el concepto real de nuestra vida, que arrancada del fin sobrenatural es separada de su único verdadero camino de perfección y condu-

cida hacia un término que de hecho no existe para nuestro ser.

Una educación dirigida a la organización del hombre conforme y a la luz de un fin puramente natural, a más de ser imposible en las actuales circunstancias de nuestra naturaleza caída, sin la gracia divina, derivando el sentido de la vida presente de un fin *de hecho* inexistente la deformaría positivamente privándola de su perfección sobrenatural, único fin en la presente economía de la Providencia, que a su vez eminentemente contiene a aquél.

Por lo demás, hijo de los filósofos del siglo XVIII, de Rousseau principalmente, el naturalismo y la educación inspirada en sus principios, al proclamar la bondad ingénita del hombre con un desconocimiento de la debilidad de sus fuerzas espirituales y la vehemencia e insubordinación de las pasiones contra su verdadero bien, a que le ha reducido el pecado original, no hace sino exponer impunemente a mil peligros al niño despojado de toda idea de Dios e inerme de toda virtud moral sólidamente fundada en el último fin y apresurar su obra de destrucción precipitándolo desde su más tierna infancia al abismo del vicio y de la abyección.

¡Tan es verdad que cuando el hombre quiere conquistarse a sí mismo a expensas de los derechos de Dios y de su filiación divina, acaba arruinándose aun como ser puramente humano; así como nunca su vida humana es más plena y perfecta que cuando el hombre se somete y sirve a las exigencias del hijo de Dios, que vive en él, integrándose en su último fin sobrenatural!

Sin caer en el exceso del naturalismo como tal, toda educación —así sean católicos quienes la impartan— primordialmente dirigida a formar al niño nada más que para la vida y conquista de ideales terrenos, está inficionada en sus raíces de un virus destructor.

10. — La educación católica en todos sus principios y aplicaciones no ha de perder jamás de vista el fin trascendente y sobrenatural de la vida humana, so pena de desviarse de su verdadera senda y perder su timbre de grandeza y el sentido de su misión divina, como divino es el fin para cuya consecución orienta y forma.

Es verdad que ella forja la personalidad del educando para hacerle vivir sobrenaturalmente su vida del tiempo —única sometida por su imperfección y libertad

intrínseca al desarrollo y a la educación—, pero no a la luz de un fin temporal o terreno.

Todo el fin y alcance de la educación, como el de la vida presente, se esclarece a la luz del fin sobrenatural, que desde la eternidad se inclina y proyecta sobre el tiempo. La educación, enraizada y alimentada por el fin sobrenatural y eterno del hombre e iluminando con sus fulgores el sendero de la vida humana y cristiana hacia su perfección, imprime en nuestra vida temporal la orientación y ordenación que la salva, ennoblece y perfecciona. Aunque obra del tiempo, la educación cristiana se estructura y descende desde un fin intemporal, y si se dirige a organizar y ordenar en el tiempo la vida total del hombre, hijo de Dios, trabaja en definitiva para la eternidad.

Como obra esencialmente participante del apostolado, la educación, con raíces en el cielo, descende a la tierra para atraer y desarrollar en las almas la perfección de la vida divina, e integrada en ésta, también la perfección humana, en la armonía de la unidad interna del hombre subordinado al hijo de Dios y todo él encaminado a su último fin y suprema perfección divina;

para consumir su obra —en un retorno a su Patria de donde vino— con la consecución de la plenitud de perfección de nuestra vida sobrenatural con la posesión del infinito Bien por la visión de la Esencia de Dios.

Handwritten signature

INDICE ANALITICO

ADVERTENCIA PRELIMINAR.....	5
PRIMERA PARTE: Temperamento, carácter y personalidad	
<i>Introducción</i>	9
<i>Capítulo primero: El temperamento</i>	11
<i>Capítulo segundo: El carácter</i>	18
<i>Capítulo tercero: La personalidad</i>	
1.— Esencia de la personalidad.....	25
2.— Su cultura por la educación.....	29
3.— El ámbito y los límites del desarrollo de la personalidad.....	33
4.— Norma de valoración de la personalidad	37
5.— La plenitud auténtica de la persona..	39
6.— La plenitud sobrenatural de la persona, ideal de la educación en la presente economía de la Providencia.....	40
SEGUNDA PARTE: Concepto de la educación y formación de la personalidad en el orden natural y sobrenatural del hombre	
<i>Capítulo único</i>	
1.— La educación pertenece al fin divino de la Iglesia.....	44
2.— Pío XI deriva la noción de educación católica del fin sobrenatural del hombre	47

- 3.— El fin trascendente y eterno del hombre en un estado de *pura naturaleza*. Concepto de la educación correspondiente a este estado..... 48
- 4.— El fin sobrenatural del hombre en el estado de *naturaleza elevada e inocente*. Concepto de la educación en este orden 52
- 5.— Fin sobrenatural del hombre en el estado de *naturaleza caída y redimida* en que *de hecho* vive en la presente economía de la Providencia..... 53
- 6.— Concepto de la vida humana a la luz de este último fin del hombre caído y redimido 56
- 7.— La formación de la personalidad del *hijo de Dios*: fin de la educación católica a la luz del último fin de la vida sobrenatural del cristiano..... 60
- 8.— La educación católica organiza los medios para alcanzar éste su objeto a la luz del fin sobrenatural de la vida humana..... 64
- 9.— De aquí el error del *naturalismo*, que, perdiendo de vista el fin sobrenatural y, casi siempre, aun el natural trascendente del hombre, *falsea* el concepto de la vida humana y con él también el de la educación, con funestas consecuencias prácticas..... 68
- 10.— *Conclusión*: Grandeza y nobleza de la educación católica, alimentada con la savia eterna y divina del último fin sobrenatural del hombre, para cuya consecución trabaja..... 73

*Este libro,
se acabó de imprimir
en Buenos Aires,
en casa de
Francisco A. Colombo,
el día 24 de septiembre
de 1941.*